



Relaciones. Estudios de historia y sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C

México

Terán Fuentes, Mariana

Hugo Ernesto Ibarra Ortiz, Trama y urdimbre de una tradición. Los sarapes de Guadalupe, Zacatecas, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010, 384 p.

Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXXV, núm. 138, 2014, pp. 263-271

El Colegio de Michoacán, A.C

Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13731369011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Hugo Ernesto Ibarra Ortiz, *Trama y urdimbre de una tradición. Los sarapes de Guadalupe, Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010, 384 p.

Mariana Terán Fuentes*

Universidad Autónoma de Zacatecas

saber cardar, hilar y teñir la lana, hasta preparar la urdimbre, tejer, y sobre todo saber dibujar y delinear. Preparar la urdimbre no es tarea sencilla porque un telar como el que usan los tejedores para hacer los sarapes tipo gobelino tiene un peine del 45, es decir, por cada cinco centímetros hay 45 hilos de urdimbre, a razón de ocho hilos por centímetro. En un trabajo que mide 1.10 de ancho se tienen que preparar 9,900 hilos de urdimbre. Si se quiere meter tela para varios trabajos se deben tomar medidas con esta cantidad de hilos” (p. 245).

Trama y urdimbre de una tradición hace su propio tejido reuniendo hilos de distintas tradiciones para explicar la importancia que a lo largo de más de dos siglos han representado los artesanos textiles en Guadalupe, Zacatecas. Los motivos del autor: pensar las tradiciones desde la historia, conversar con su entorno comunitario, reconocer desde la mirada académica la labor de los artesanos zacatecanos, imaginar la cultura como tramas y urdimbres que producen significados y que así producen al hombre que está, como lo propone el antropólogo norteamericano Clifford Geertz, inserto en esas tramas.

El telar de Hugo Ibarra es la tradición, interpelada como un horizonte vivo, actual, contrastante; la tradición para Ibarra Ortiz no es un conjunto de saberes caducos y anquilados por el paso del tiempo; la tradición y el conjunto de las tradiciones son especie de cadenas en que se van pasando de generación en generación, la experiencia de la vida misma y lo que se hace con ella para su vigencia cultural. En el caso analizado por Ibarra Ortiz, esto puede leerse en un sarape tipo gobelino donde se cruzan la necesidad de sobrevivencia económica de las familias de artesanos de Guadalupe, Zacatecas, su capacidad de vincularse con los mercados local, regional, nacional e internacional,

* marianateranfuentes@yahoo.com.mx

la introducción de la tecnología de los telares, su manejo y aprendizaje, la capacidad de convertir 9,900 hilos en un rostro humano, la mirada de los niños y jóvenes puesta sobre las manos del padre y del abuelo que con sabiduría pasan del dibujo a la tela en una tarea que se debe a la paciencia y a la creatividad de arriesgarse y dejar su huella estética en el tiempo.

Historia y tradición son para Hugo Ibarra en esta investigación lo que la trama y urdimbre para los artesanos textiles. Su investigación rastrea la historia del sarape en México, hace hincapié en la importancia de la tradición textil indígena, en la indudable marca para la identidad nacional del sarape de Saltillo, pero va más allá. México tiene más rostros y vestidos, más hilos que lo visten y también lo caracterizan. La china poblana y el charro mexicano con su sarape saltillense son una parte de lo que los gobiernos posrevolucionarios promocionaron como la identidad mexicana. Los sarapes y textiles elaborados en otros lugares del país nos hablan también de una rica tradición mestiza artesanal. No deja de sorprender la ausencia de investigaciones para el caso zacatecano, dedicadas con método y rigurosidad, al análisis de la tradición textil. Tal vez porque los tengamos tan cerca. El mérito de esta investigación es que desde las entrañas de un hogar de artesanos, Ibarra Ortiz se puso a estudiar su tradición y reconocer su valía.

La investigación se une a un conjunto de trabajos emprendidos por René Amaro Peñaflores sobre la historia social del trabajo en Zacatecas. Esta línea se ve alimentada por las investigaciones realizadas por José Arturo Burciaga bajo el auspicio del Instituto de Desarrollo Artesanal de Zacatecas. Algunas de las simientes que dejó Manuel Miño en *Obrajes y tejedores en la Nueva España* son reconocidas por Hugo Ibarra y René Amaro para explicar la larga duración de la tradición textil en Zacatecas. Por lo menos tres siglos donde se tiene constancia de la presencia de talleres y trapiches. Este conjunto de historiadores ha revisado la estructura organizativa del gremio de artesanos donde el saber se impone como elemento distintivo de la jerarquía: aprendices, oficiales y maestros. La práctica hace al maestro y lo distingue socialmente porque no todos pueden llegar a lograr un sarape tipo gobelino con un rostro humano bien dibujado.

Manuel Miño Grijalva explicó que la presencia de telares sueltos fue aumentando en el paso del siglo XVIII al XIX: de 14 telares en 1781 a 233 en 1801. El dato es revelador. La producción artesanal textil se vio altamente favorecida en el siglo XIX a través de la vinculación con otras ramas de la economía como la ganadería, la agricultura y la minería. El multicitado fragmento que también lo retoma Ibarra Ortiz de Antonio García Salinas y Luis Martinet, propietarios de “La Zacatecana” en 1845, revela la expectativa que en aquel entonces se tenía sobre la industria textil:

No diré que me lastimaba al ver que en casi todos los Departamentos se animaba el espíritu de la industria, sin el cual no puede haber un bienestar seguro para el pueblo y sólo Zacatecas dormía confiado en su riqueza mineral, pero siempre pobre y miserable [...] Pero sí diré que, como especulación, podría traer utilidad una fábrica de lanas en el centro de las fincas que producen, y es donde en su mayor consumo a causa de los fuertes fríos que se padecen (p. 115).

En el siglo XIX como lo muestra Ibarra Ortiz y Amaro Peñaflores, se alentó por parte de los gobiernos en turno, la producción textil en Zacatecas. El corazón para la reproducción fue la Escuela de Artes y Oficios que cumplió con tres objetivos: ser un centro de capacitación para la transmisión de oficios artesanales, ser escuela de primeras letras y un lugar de beneficencia social para combatir el mundo de la vagancia y la ociosidad. La reseña documentada que hace Hugo Ibarra de esta institución ubicada en las instalaciones del convento de Guadalupe, Zacatecas, no deja lugar a dudas sobre la importancia que tuvo para la población y su gobierno. A los franciscanos no les fue nada bien con esta política de desamortización y secularización del siglo XIX, pero para la educación laica representó una nueva plataforma para la reproducción de saberes, la inversión del gobierno estatal para generar recursos a través del trabajo útil, la posibilidad de convertir el problema del ocio y vagabundaje en productividad y competencia. El edificio de la Escuela de Artes y Oficios estaba compuesto por oficinas administrativas, cocina, comedor para 200 estudiantes, biblioteca, un cuarto para 25 internos, enfermería y los espacios redistribuidos para el funcionamiento de los talleres: hojalatería, hilados y tejidos, sastrería, zapatería, encuader-

nación e imprenta. En el taller de hilados y tejidos se producían sarapes, jorongos, frazadas, jergas, alfombras, cobertores, mantillas para caballo, casimires y gabanes.

Este impulso se vio concretado en la diseminación de los oficiales convertidos a maestros que establecieron sus propios talleres lo que les permitió vivir honestamente de su trabajo útil, como lo pretendían las premisas liberal e ilustrada de siglos anteriores. Así, se estableció el artesano Jesús Salmón con la marquetería, quien trabajó distintos tipos de maderas para lograr hacer un magnífico Cristo doliente; la familia Ruelas que trabajaba “en plomos”, es decir, en blanco y negro. En el taller de la familia Ruelas trabajaron otros artesanos como Modesto Chávez, Francisco Salas y José Luis Ibarra.

Hugo Ibarra explica a través de la tradición oral, cómo estas familias fueron hilando sus propias historias considerando la enseñanza de técnicas y manejo de los materiales o la transmisión de cómo hacer dibujos para pasarlos al telar. José Luis Ibarra comenzó con canillas de carrizo, cadejos en el torno; sus inicios fueron saber a cardar lana, hilarla, teñirla. Primero flecos para las capas ruanas, después sarapes y sarapes con dibujos: caballos, chinas poblanas, la virgen de Guadalupe, a tal grado que llegó a ser el maestro, director y diseñador general. Se trató de muestras monumentales con retratos de cuerpo entero.

El trabajo que hizo Hugo Ibarra nos muestra el inicio de una tradición, pero por otra parte, el riesgo de perderla, de que las nuevas generaciones no se involucren en hilos, madejas, colores y telares porque ahora tienen otros horizontes. Las tradiciones también se acaban por la dinámica propia de la vida social y económica de los pueblos. Se acaban pero se emprenden nuevas. Nuestro autor, alerta a esta circunstancia, recuerda que sólo conociendo las tradiciones es posible su valoración. El discurso de nuestras tradiciones no debe servir sólo para patrocinar imágenes turísticas que generen divisas; sino conocimiento profundo, argumentado para la comprensión de nuestra historia.

El telar entrelaza los hilos longitudinales que son la urdimbre y los hilos transversales que componen la trama. 9,900 hilos para un sarape, muchas horas de paciencia frente al telar; los niños mirando cómo se va haciendo cada día un sarape. Si tantos hilos se necesitan para un sarape con retrato, cuántas investigaciones como esta tejidas con seriedad y

rigurosidad se necesitan para tener un retrato de la tradición artesanal en Zacatecas; cuántas horas más se necesitan para tener un retrato de los artesanos de Villa García, de los plateros, de los aguadores, de los aguamieleros, de los herreros, de los cantereros. La historia también debe hilarse muy fino, con paciencia, reconociendo la sabiduría de los maestros, la obra de los oficiales y el entusiasmo de los aprendices.

Rodrigo Laguarda, *La calle de Amberes: la gay street de la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2011, 103 p.

Víctor M. Ortiz Aguirre*

El Colegio de Michoacán

El presente libro puede ser abordado desde diferentes perspectivas. Pero en cada caso, no deja de ser un trabajo que describe el surgimiento de un espacio, en el panorama urbano, caracterizado por una singularidad: se trata de una calle donde las expresiones comportamentales de la diversidad sexual son abiertamente toleradas. Simplemente por esto vale la pena leer las descripciones que conforman este boceto, hecho mediante algunas pinceladas que dan idea del surgimiento de este espacio insólito, en un país caracterizado por la homofobia y el machismo.

Por una parte deja traslucir una especie de imitación —en tanto que fenómeno característico de muchas especies, entre ellas la nuestra—, ya que sugiere la idea de que la calle de Amberes, ubicada en la colonia Juárez de la capital de México, justo en una colección de cuadras bautizadas como “La Zona Rosa”, emerge como intento de estar a la par de ciudades como San Francisco (con el barrio de el Castro), Nueva York (y su Greenwich Village), Madrid (con La Chueca) o París (con el Marais). Pero por otro lado, también sugiere la idea de que dicha calle se

*vortiz@colmich.edu.mx

transforma en función de las necesidades de las personas que forman parte de los diversos grupos pertenecientes a la llamada “diversidad sexual”.

Sea por uno, por otro o por ambos argumentos, el hecho es que el texto presenta una serie de debates por tener en cuenta. Por ejemplo, este de la diversidad sexual, pues hay desde quien entiende por tal concepto solamente a los grupos considerados dentro de las siglas LGBTTTIQ,¹ hasta quien plantea que dentro de la diversidad sexual también están los sectores heterosexuales y, en consecuencia, llevan el concepto a un nivel omniabarcante.

Otro punto de reflexión está dado por la pregunta a la que de manera insoslayable el texto nos remite: ¿cuáles han sido las múltiples transformaciones para que el escenario urbano de la capital mexicana pueda albergar una calle con tales características?

Porque es cierto, mientras hace años era impensable que dos hombres o dos mujeres pudieran tener muestras sexoafectivas en plena calle, Ambar hoy día es un recorrido donde la policía misma está para cuidar a la ciudadanía sin importar opciones, identidades y prácticas sexo-genéricas.

Otro de los puntos que el texto toca es la aparición de diversos locales donde hay desde cafeterías hasta bares y discotecas, mezcalerías y restaurantes, no sólo ubicados dentro del concepto de ser espacios *gay friendly* (tolerantes de personas con esa preferencia), sino abiertamente gays. Acá la reflexión que el texto inspira es justo en términos de la colonización, conquista o comercialización de la diversidad sexual: su *happy* y acrítica integración a un mercado de consumo, caracterizado por la banalización de cualquier construcción de conocimiento, reflexión o mirada crítica. De hecho, todos estos espacios están concebidos como lugares para la realización del ideal gay; no olvidemos uno de los más comunes usos de la palabra en el inglés: *gay* significa ser alegre. Así, ser gay tiene ya lugares físicos donde la alegría es una estrategia de olvido y supervivencia frente a condiciones de violencia y marginación; donde la alegría es una forma de resistencia ante la depresión de no

¹ Lesbianas, gays, bisexuales, travestis, transgénero, transexuales, intersexuales y queers, grupos que se autocolocan en un lugar fuera de la heterosexualidad normativa y dominante.

contar con un entorno social que no ataque a sus miembros; ahí donde la alegría es la forma de construir la indiferencia frente al rechazo familiar, por no mencionar también la homofobia internalizada por los propios gays. Es interesante que el texto permita pensar en que lejos de construir la cultura gay como una cultura crítica de una sociedad y propositiva de nuevas formas de relación, se la esté fomentando como una forma de pasar un rato alegre, mostrándose y mirando a otros, en el ligue como primera forma de vínculo.

Resulta innegable la importancia de que cualquier grupo de personas cuente con espacios de encuentro y recreación, donde puedan generar cultura en sus muchas formas. Pero también es innegable que los antros de Amberes son un negocio donde toda la virulencia de la diversidad sexual queda desarticulada en el medio de una “fiesta alegre”, pero muy poco propositiva.

Lo mismo sucede con el comercio informal, caracterizado en esta zona por su sesgo de diversidad sexual. Las películas “piratas” que se ofrecen a la venta en las banquetas versan siempre sobre temáticas relacionadas con dicha diversidad, por ejemplo. Igual para con los expendios de periódicos, cuya oferta de revistas pornográficas dirigidas a este sector de la población es mucho mayor que en otros puntos de la ciudad.

Pasamos entonces a un siguiente punto que atraviesa todo el texto, y tiene que ver con la reproducción que la diversidad sexual hace de los patrones heteronormativos. Esto es, si hay una identidad que se reconoce en lo diverso, ¿por qué en vez de producir lo inédito, en vez de crear nuevas e insólitas formas de relación, termina reproduciendo los anquilosados patrones de una heteronormatividad hegemónica? Esto reubica todo lo que simboliza la calle de Amberes en una tensión entre ser un espacio que reproduce todo un sistema de valores, mismo que margina y excluye a los grupos que por ella circulan; o como un espacio donde lo inédito está por verse.

Luego de la introducción donde el autor, previos agradecimientos, expone sucintamente el armado teórico que avala el texto, aparecen cinco interesantes fotografías de la calle objeto del libro. Las imágenes dan cuenta de la transformación actual, si bien algunos de los negocios se han reformado a la fecha; pero aun así, la panorámica en general se

mantiene hasta el día de hoy. El resto del libro está dividido en tres grandes apartados que no sólo versan sobre la historia de esa calle, sino que integran también algunos elementos característicos de la cultura gay, tales como el uso de ciertas formas idiomáticas, modas y gusto por determinados artistas.

A continuación, en el apartado que lleva por título “La aparición de la calle gay”, el doctor Laguarda hace un recorrido de la historia de dicha calle, hasta llegar a los personajes centrales que promovieron su transformación gay, y los avatares que surgieron incluso en términos legales para poder realizar el desplazamiento simbólico de ese espacio.

En “Experimentar la *gay street*” el lector puede enterarse de los sucesos ya específicos de Amberes transformada en espacio gay, qué sitios se inauguraron, el tipo de dinámica que se fue generando, las transformaciones y clausuras, los lugares de moda, las jerarquías de los sitios. Y esto último resulta de particular interés, pues aun siendo miembros de un mismo colectivo, la presencia de las diferencias sociales no sólo permanece, sino que se intensifican. Aquí hay un síntoma interesante de dicho grupo: las diferencias de edad, de corporalidades, de ropa de marca o no, de color de piel, etcétera, conforman un universo de marcadores sociales que tienen una fuerte presencia para matizar los vínculos y las formas de ligue. Es sugestiva la paradoja con que la diversidad sexual, que lucha por la tolerancia, no deja de reproducir al interior de sus colectivos innumerables marcadores de intolerancia, diferencia y separación. Y esto es lo interesante del texto, que de manera —me parece— involuntaria, se transforma en una denuncia de las asimetrías al intentar enunciar los paisajes; que al describir la banalidad de un colectivo resalta sus profundas contradicciones y, por tanto, las de una sociedad que le sirve de telón.

En el siguiente apartado, “Usos del lenguaje en Amberes”, aparece una colección de letras de canciones muy escuchadas en el colectivo, consideradas representativas o emblemáticas de los infortunios amorosos o de las ganas de ser libres o de asumirse tal como son sin dar importancia a la crítica social. De nuevo, la descripción que hace el autor permite pensar sobre el manejo emocional que se propone para la sujeción-construcción del gay: la emoción no aparece como camino de conocimiento, por ejemplo, sino como pasión desbordada. De igual

manera, la influencia de modelos televisivos, las cantantes de moda (sobre todo mujeres, por eso utilizo el femenino), sus gestualidades y frases comunes, elementos todos que conforman una determinada corporalidad para poder recorrer la *gay street* y formar parte del colectivo, son atestiguadas por la palabra de los propios miembros del colectivo entrevistados por el doctor Laguarda.

Para terminar, en “Consideraciones finales” el autor inicia con la siguiente frase: “La conjetura inicial de esta investigación fue que cualquier identidad requiere de un espacio de identificación para consolidarse”. La apuesta es general y muy probada, por lo que denota que el texto poco se arriesga a una mirada más analítica y mucho menos se atreve a circular por una mirada interpretativa de la información que pone en juego. ¿Por qué tanta medida?

Estamos entonces ante un breve texto que resulta interesante para quien desconozca absolutamente lo sucedido en la calle de Amberes, las dinámicas de los diferentes grupos que conforman la diversidad sexual, así como para quien no sepa de los fenómenos variopintos que acaecen en la zona rosa. Sin embargo, para quien tenga información y experiencia al respecto, resulta un texto demasiado descriptivo, que no pasa de ahí; y uno queda a la espera de conocer cuál es la postura del autor al respecto. Por tanto se torna en un texto parco, que si bien tiene el mérito de tocar un tema tabú en nuestro país, lo hace con mucha timidez. No obstante, hay que subrayar la importancia de que en nuestro país se realicen este tipo de publicaciones. Si pensamos en lo que ocurre por ejemplo en Barcelona, donde el tema está politizado y no sólo se producen corrientes políticas en torno a la diversidad sexual, sino importantes avances teóricos, como la propuesta de Beatriz Preciado en su libro *Testoyonqui* (Espasa, 2008), podemos tener un marco donde ubicar en un contexto globalizado la poca y mala literatura que en México todavía está vigente. Vayan pues las recomendaciones de leer un texto que demandará del lector un trabajo de fertilización para que las ideas ahí expuestas adquieran mayor riqueza.